

Hernán Díaz Arrieta

-(Alone)-

Premio Nacional de Literatura 1959

Premio Nacional de Literatura 1959.

Santiagoño, año de nacimiento 1891, seminarista dos años, autodidacta, Hernán Díaz Arrieta es actualmente el primer crítico literario de habla española, en cuyo ejercicio continuado lleva 54 años, iniciados en el diario "La Nación" en 1917 a instigación de la insignie Iris (Inés Echeverría de Larraín), proseguidos en "Zig-Zag" y definitivamente sentados en "El Mercurio", a partir de 1939.

Su vicio: la lectura. De ahí que en repetidas ocasiones haya manifestado: "En verdad, los libros para mí no son libros. Son seres vivos. He leído la vida entera, desde que aprendí a leer. Casi diría que no he hecho otra cosa. Y por gusto, porque me causa placer".

Sus primeras incursiones literarias datan de los 18 años, es decir, del año 1909 en que dio a la estampa su primer libro "Prosa y Verso" en colaboración con el poeta Jorge Hübner Bezanilla. Posteriormente, en 1916, publicó "La sombra inquieta", novelita íntima, personalísima, que dice relación platónica con el único y ferviente amor de su vida, la fina y aristocrática escritora Mariana Cox Stiven ("Un Remordimiento" y "La vida íntima de Marie Goetz") que firmó sus escritos con el seudónimo de Shade y que sugirió el de Alone a su contertulio en las reuniones literarias tan asiduas en la señorial mansión capitolina a que estaban acostumbrados los escritores de la época.

Pero Alone por sobre todas las especialidades literarias es crítico de letras y ensayista. Y como tal riguroso, estricto, minucioso, eruditísimo, poco benevolente y hasta temido. Muchos recuerdan sus juicios polémicos con Mariano Latorre. De Ricardo Latcham, entre otras cosas, dijo: "es inestable, inseguro, cambiante, variado, repentiista, desordenado, voluble, mordaz, intermitente".

Se ha dicho que Alone es un crítico de preferencias. Nosotros pensamos que es el barómetro de la literatura chilena y gran continuador, y en superación, de Emilio Valde, por otro nombre Omer Emeth.

Obras: "Portales íntimo", "Panorama de la Literatura Chilena del siglo 20", "Marcel Proust", "Alberto Blest Gana", "Gabriela Mistral", "Historia personal de la Literatura Chilena", "Los Cuatro Grandes de la literatura chilena", etc.

J. E. F.

Prólogo. (Fragmento)

Hernán Díaz Arrieta

La primera piedra de nuestra literatura pesa nueve mil kilos y está a los pies del Santa Lucía, mirando hacia el sur: es un trozo de granito traído de la cordillera donde puede leerse otro sacado de la carta en que Pedro de Valdivia le cuenta a Carlos 59 maravillas de Chile y le describe su belleza, su dulzura, sus frutos, como tentándolo: "Esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo".

Ahí se inicia el tema que después correrá por los autores nacionales, durante siglos, hasta hoy.

Porque la historia de la literatura chilena es la historia del conquistador conquistado.

Veamos.

Abre la marcha don Alonso de Ercilla con un poema épico. ¿Qué tuvo que ver en realidad don Alonso con Arauco y los araucanos? Hambre, peleas, peligros, amarguras, unos cuantos meses de trabajo y decepción, que forman áspero paréntesis entre su adolescencia junto al príncipe don Felipe, viajando y asistiendo a fiestas por otra Europa, y la cómoda madurez, sesegada, unido a una noble y rica dama. Sin embargo, ese corto episodio juvenil que otro hubiera "querido más bien olvidar", él vivió recordándolo y cantándolo el resto de su existencia, con tal ardor que lo hizo pasar a la inmortalidad.

Es el siglo 16.

Al siglo siguiente, gran número de poetas y cronistas que más o menos repiten el son de "La Araucana" y dos voces sobresalientes, un admirable dío: El Padre Alonso de Ovalle, en rigor nuestro primer poeta nacional, que en la "Histórica Relación del Reino de Chile" alza un continuado himno a la her-

lizado el año 42, los gérmenes contenidos estallaron. Todo el siglo 19 gira dentro de la órbita francesa, sobre un eje francés. Apenas puede señalarse el influjo de Zorrilla, Espronceda y Bécquer sobre algunos poetas, que, por lo demás, no existen, y el que Jotabache recibe de Larra, un afrancesado. Los historiadores, estado mayor de nuestra literatura, comienzan en don Claudio Gay, el sabio naturalista que trajo Portales y que Egaña dedicó a la historia. El enseñó el método e impuso el espíritu de los enciclopedistas a Barros Arana, Amunátegui y los demás. Cuando Vicuña Mackenna no lo sigue, es porque lo arrastra la fascinación de Michelet y Lamartine. Los girondinos crearon escuela, formaron un



★ Alone, el más cotizado de los críticos chilenos, que obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1959.

mosa y abundancia del país, pintándolo como el paraíso, a compás de Pineda y Bascoñán, su contemporáneo, soldado candoroso, alma de Dios que vio a los indios como héroes de Homero o patriarcas de la Biblia y cuyo "Cautiverio Feliz" trae un amable aroma de leyenda.

Es todo el siglo 17.

El 18, en Chile y por doquiera edad de razón, no deshace el embrujamiento. Nuevamente multitud de historiadores de Chile cuentan y vuelven a contar las hazañas del pasado: Vidaurre, Carvallo y Goyeneche, Pérez García, continuadores de Rosales y Olivares. Y, otra vez, dos grandes voces, dos expatriados nostálgicos: un sabio naturalista, el Padre Molina; un teólogo sublime, el Padre Lacunza, añoran en Italia el suelo nativo, el uno estudiando nuestra flora, planta por planta, cual si estuviera aquí, inclinado sobre cada yerba; el otro, más vehemente y soñador, intérprete de la Escritura, se consulta entre los profetas y los ángeles, apelando de su sentencia ante el Redentor, que ve venir en gloria y majestad.

Sobreviene la Independencia.

La literatura chilena pasa del dominio español exclusivo al dominio casi tan exclusivo de Francia. El foráneo venía preparándose desde que los Borbones entreabrieron las puertas de América y dejaron filtrarse hasta acá libros, ideas, muebles y modas de París. Cuando la rebelión se produjo, leer a los filósofos franceses, conocerlos, amarlos y seguirlos fueron armas de combate y medios de emanciparse, haciendo la luz del saber, disipando la oscuridad de la ignorancia.

Don Juan Egaña y Camilo Henríquez juraban por Voltaire, Montesquieu y Rousseau como por la Santísima Trinidad.

Tras el lapso o colapso que Encina llama "la noche cerebral", ese período de inercia literaria, fina-

grupo de intelectuales jóvenes que, tomando cada cual nombre, papel y destino en la obra, se dedicaron a encarnarla. Don José Victorino Lastarria, mentor de un sector importante, se inspiraba en las lecciones de política positiva de Comte, del cual procede, creyendo, naturalmente, que lo precede. Bilbao repetía en Santiago la vaga y sonora elocuencia y los apóstrofes de Lamennais y Quinet, hasta que fue a echarse a sus pies en París. Blest Gana, el primer novelista chileno, empezó a serlo desde una vez que, leyendo a Balzac, echó al fuego las impresiones rimadas de su infancia y tomó el camino de "La Comedia Humana".

Es una invasión, un vasallaje.